

## **ELENA VALENCIANO, secretaria de Relaciones Internacionales del PSOE**

Gracias a la Fundación Friedrich Ebert y a la Fundación Pablo Iglesias por haberme invitado a esta mesa redonda que comparto con tres profesores y un maestro, Enrique Barón, y que, precisamente, me plantea la dificultad de intervenir la última.

Por ello, voy a limitarme a plantear una serie de preguntas o de reflexiones en clave de duda que en los últimos días hemos estado debatiendo también en otros foros.

Es indudable que el balance es positivo y que, como hemos repetido en múltiples ocasiones, estamos analizando la historia de un éxito. Para ser más precisa, diré que analizamos la historia de un éxito en un momento de crisis.

Es posible que de la crisis de los cincuenta no siempre se salga bien; depende mucho de cómo se gestione y de cómo sean los cimientos sobre los que se haya asentado la personalidad de quien está en crisis. En este caso, los cimientos sobre los que está asentada la Unión Europea son muy sólidos. Así que, en principio, deberíamos pensar que la superaremos con éxito. Lo esperamos y para eso trabajamos.

La cuestión es si se trata de la crisis de la Unión Europea o más bien de las naciones que la componen. Yendo más allá, la pregunta es si estamos ante una crisis de las relaciones entre los ciudadanos y las instituciones europeas o nacionales, incluso del propio sistema democrático y de representación.

La construcción europea, en el nivel de discusión y de toma de decisiones, ha sido ciertamente elitista. Esto fue así hasta el momento en el que decidimos trabajar en una convención para redactar la futura Constitución y entonces, sí abrimos la discusión y parte de la decisión a la ciudadanía. Es decir, de no preguntarles absolutamente nada pasamos a preguntarles absolutamente todo, sin que entre un momento y otro haya habido una transición pedagógica hacia los ciudadanos y ciudadanas.

Así es como hemos construido esta unión política y económica. Entendemos que nos ha beneficiado a todos y todas, pero ahora queremos que sean ustedes quienes decidan si quieren seguir construyéndola de esta manera. Probablemente, el salto es demasiado grande, sobre todo en un momento en el que, insisto, en muchos Estados nacionales hay un problema de divorcio o de distancia entre los representantes políticos y los ciudadanos y ciudadanas.

Es probable que eso explique lo que sucedió en Francia con el Tratado Constitucional y su referéndum. Posiblemente, la explicación del fracaso del referéndum francés haya que darla en clave nacional y no tanto europea. Los ciudadanos contestaron a una pregunta distinta a la que se les hacía, pues se decidió plantearles una pregunta a la que ellos no querían contestar y, en cambio, querían contestar a otras que en ese momento no se les estaba haciendo.

Ése es exactamente el punto en el que nos encontramos. Por decirlo en tono irónico, nos ha dado un ataque democrático antes de haber procedido a una explicación suficientemente clara sobre qué significaba la Unión Europea, cuáles eran las cosas que decididamente queríamos hacer juntos y cuáles no.

La ciudadanía ha recibido durante estos últimos años mensajes muy contradictorios, de ahí que los datos de las encuestas más recientes sean igualmente contradictorios. Por una parte, el último Eurobarómetro demuestra que la idea global de Unión Europea ha ido perdiendo fuerza y adhesión. Tampoco podemos pretender que las personas se adhieran a un proyecto basándonos simplemente en los datos del éxito. Es decir, el balance positivo no garantiza en absoluto que la ciudadanía se identifique con un proyecto.

Es fácil percibir esta contradicción al constatar que los ciudadanos y ciudadanas manifiestan una cierta distancia del proyecto. Sin embargo, cuando se les pregunta por políticas concretas, por problemas graves o por cuestiones importantes para su vida, casi todos piensan que la solución debe ser en clave europea -cambio climático, políticas energéticas, seguridad, inmigración...-.

Desde mi punto de vista, los gobiernos nacionales tienen gran parte de responsabilidad en esta situación. La política se ha convertido, en cierta medida, en política demoscópica. Es decir, los políticos actuales tenemos cierta tendencia a mirar los problemas en clave muy electoral y a corto plazo. Ese electoralismo un tanto enloquecido en el que anda la política, en gran medida forzado por la presión mediática, hace muy difícil a los propios gobernantes explicar las cosas a largo plazo.

Los parlamentarios y parlamentarias europeas tenemos una dificultad objetiva para explicar a nuestros propios aparatos de partido cuáles son los problemas a los que nos enfrentamos cuando tenemos que decidir. Porque nosotros estamos trabajando sobre cuestiones que formarán parte de la agenda nacional cuatro o cinco años después, o incluso veinte.

Los gobiernos nacionales han tenido también la tentación de responsabilizar a Bruselas de los problemas más graves y, al mismo tiempo, de apuntarse los éxitos de Bruselas como propios. Ese egoísmo o esa cierta trampa de los gobiernos nacionales ha contribuido a profundizar ese desconocimiento de qué es Europa y qué significa que seamos europeos y europeas.

Tal y como están las cosas, no cabe otra solución que otorgarle al proyecto europeo la importancia que realmente tiene. Ahora nos hemos dado cuenta de hasta qué punto hubiera sido importante explicar bien y de verdad qué significaba el Tratado constitucional.

Los gobiernos nacionales, siendo conscientes de que tal vez deban abandonar en cierta medida su egoísmo para ponerse de verdad a trabajar en un proyecto que nos conduzca a otros cincuenta años de éxito, si no tan rotundo, al menos relativo, tienen que ser más transparentes. Saben que fuera de este proyecto todo será mucho más complicado.

Ésta es la idea que hay que transmitir a la ciudadanía, porque ya no es tiempo de seguir diseñando Europa de espaldas a los ciudadanos y a las ciudadanas.

Gracias por su atención.